

XII

Los sucesos trajeron al honor de la reina y a la corte de Castilla al infante don Juan y a su madre doña María de Habsburgo en un tiempo que se levantó la frontera de Andalucía al infante don Enrique, donde no pudo seguir su mujer.

La casa de Lara y de Lara estaban de antiguo muy emparentadas y doña Juana y doña María esposa del infante don Juan, se hicieron grandes amigas, y entonces se trató del casamiento de don Juan Nuñez de Lara, que ya era hombre duro con la reina doña María, hija del infante don Juan, con doña Juana y de doña María hija de Lara, cuya intención solo tenía que hacer a pesar de lo que se le entredijo a su esposo. Este casamiento no pudo llegar a efecto porque la reina infante murió antes de la edad nupcial.

Estrechóse pues las relaciones de parentesco y amistad entre doña Juana de Lara y doña María de Habsburgo, de tal manera, que siempre andaban juntas, pasando recíprocamente largas temporadas la una en la casa de la otra y acobardando las dos a la buena reina doña María, a quien alejaban tristemente y mirando a su provecho, un grande amor.

El joven rey estaba continuamente al tope de las dos hijas de Lara, y...

CAPITULO IX.

pesadas trenzas sobre su cabeza, empunñando su diadema de infanta que no se quitaba jamás ni para dormir, y que representaba una triple parentesco con la casa real.

En ostentosa y no se presentaba jamás en público sino con trajes resplandecientes de tela de seda, gata y oro, cubierta de joyas llevada en litera o en hacanea, rodeada de doncellas, paños y verdugos, y escoltada por los mejores de la corte.

El rey no había visto sin asombro a doña Juana, esta sin fin...

EN QUE CONTINÚA LA MATERIA COMENZADA.

que había hecho reparar en ella al infante don Juan Nuñez de Lara. El rey, a pesar de sus trece años, era ya un muchacho completamente desarrollado y hermoso, aunque de mala salud por que adolecía de coarturas de costillas, y de un carácter de su padre y de su madre. Había heredado el carácter de su padre y de su madre, y era violento y terrible, mal sufrido de contrariedades y gran acometedor de enemigos; olvidaba con mucha facilidad...

Doña Juana de Lara era alta, esbelta, gallarda, y blanquísima.

Tenia unos poderosos ojos del color del fondo del mar en una bahía tranquila. Aquellos ojos eran poéticos, elocuentes, nobles, profundos, lucientes, tranquilos, pero tenían alrededor de su órbita una especie de aureola sui generis que hubiera hecho decir á un pensador experimentado: es necesario tener mucha cuenta con las malas vueltas de este arcángel.

En efecto, aquella especie de aureola indicaba una grande perversidad; pero esta aureola era una leve sombra que no aparecía siempre en los ojos de doña Juana.

Por lo demás, su juventud era mórbida y brillante, y sus cabellos rubio-oscuros, de un tono escesivamente sensual, eran profusos y larguísimos y se agrupaban voluminosos en anchas y...

pesadas trenzas sobre su cabeza, enriqueciendo su diadema de infanta que no se quitaba jamás ni para dormir, y que representaba sus múltiples parentescos con la casa real.

Era ostentosa, y no se presentaba jamás en público sino con trajes rozagantes de tela de seda, plata y oro, cubierta de joyas, llevada en litera ó en hacanea, rodeada de dueñas, pajes y mayordomos, y escoltada por hombres de armas.

II.

El rey no había visto sin afición á doña Juana, ni esta sin íntimo contento la afición con que la miraba el jóven príncipe.

Esto había sido reparado también por doña María de Haro, que había hecho reparar en ello al infante don Juan.

El rey, á pesar de sus trece años, era ya un mancebo completamente desarrollado y hermoso, aunque de mala salud porque adolecía de quartanas.

Había heredado el enérgico carácter de su padre y de su abuelo, y era violento y terrible, mal sufridor de contrariedades y gran acometedor de enemigos; olvidaba con mucha facilidad la prudencia por la ira; durante esta, buscaba la sangre y no olvidaba ni perdonaba.

Verdad es que, león de buena raza, no se enojaba sin razón, que su ira era justiciera; pero también es cierto que llevaba la justicia hasta la exageración.

III.

La reina doña María, que era la prudencia misma, veía con sobresalto estas tendencias del rey á llevarlo todo á sangre y fuego.

Sabía cuán caro le había costado esto á su padre, y prefería

con un gran corazón y una alta política, los buenos medios á los medios violentos.

Los pueblos son fieras domesticadas, y no debe acostumbrarse á la sangre para que no contraigan la necesidad de beberla.

Fernando III, Enrique II, los Reyes Católicos, Fernando VI y Carlos III alcanzaron más por los buenos medios, que otros reyes que han llevado hasta la sangre y por sistema, el principio de autoridad y de justicia.

IV.

Fernando IV era violento, había visto la violencia en su padre, y después de la muerte de este, habían acabado de irritarle las rebeldes violencias de los altos vasallos.

Esta irritación de su carácter, las contrariedades que se veía obligado á sufrir, mal su grado, le habían hecho voluntarioso y asequible á los que, conociéndole y por explotarle, se sometían, como el infante don Juan su tío, á las exigencias de su enérgica voluntad.

La reina doña María era una mártir completa; la aturdían, la desorientaban las continuas embestidas de tantos intereses encontrados, y por otra parte veía que su hijo no había heredado su prudencia, y que tenía el carácter menos á propósito para aquella eterna y encarnizada lucha contra el egoísmo, la soberbia y la traición.

Temía que, llegado á su mayor edad, se despeñase por su propio ímpetu é hiciese inútiles todos sus sacrificios de madre.

V.

Tenía además el rey muy malos lados: su ayo don Ruy Perez Ponce, maestre de Calatrava, excelente hombre y probado en

gran virtud, nunca le iba á la mano por respeto á la dignidad real, ni avisaba de los defectos del rey á la reina doña María, temeroso de afligirla.

Esto era funesto; el rey amaba y respetaba á su madre, y delante de ella encogia su carácter.

Lo que el rey hacia ó decia apartado de la reina, no habia quién á la reina lo dijese.

Por otra parte, tenia el rey en su servidumbre, como escudero y camarero, un caballero, natural de Palencia, llamado Juan Alfonso de Benavides, hombre bajo, si no de cuna, de ideas, adulator y ambicioso, que sabia llevar el genio al rey y le complacia en todo y le instruia prematuramente en cosas en que no hubiera debido instruirlo.

Hacíase este tal hipócritamente el honrado y el bueno delante de doña María, contra la cual sentia en su corazon odio, porque temia que la perspicacia de la reina le leyese el alma y le apartase por prevision del servicio del rey.

Juan Alfonso de Benavides conspiraba en silencio contra la reina, y no era él el causante menor de las infames calumnias que contra la reina se sonrugian en la córte.

VI.

Juan Alfonso de Benavides fué el primero que, por su privanza con el rey, tuvo noticias ciertas de la aficion de este á doña Juana de Lara.

El rey le habia hablado con encarecimiento de ella, y le habia dicho que mejor hubiera querido que le casaran con doña Juana que con doña Constanza, que al fin era una rapaza de ocho años, y ni con mucho tan hermosa como doña Juana.

Sonrióse sutilmente Benavides al escuchar esta manifestacion del rey, y le dijo: que no embargaba el que doña Juana no

fuese su esposa, para que llegase á buen logro la aficion que por ella sentia, y que él haria lo que fuese menester para que el rey y doña Juana se viesen.

Aceptó con gozo el rey los buenos oficios de Benavides, y este se fué á ponerlo todo en conocimiento del infante don Juan, que ya habia notado el enamoramiento del rey por doña Juana, y andaba dando vueltas en su perversa imaginacion para volver á aquel amor en su provecho.

VII.

Oyó pues con gran contento el infante á Benavides, y empezó desde aquel punto una sorda intriga, que tenia por objeto el desprestigio de la reina, que debia procurarse llegase hasta el punto de que los reinos la quitasen la gobernacion y la tutela del rey, relegándola infamada é impotente á un oscuro retiro.

Don Juan pensaba en que, como tio del rey y emparentado con los mas poderosos señores, nadie podia quitarle la gobernacion del reino y la tutela del rey, sucediendo, cuando mas, que tuviese que partir por algun tiempo su poder con el infante don Enrique, hasta que, envolviéndole en una mala intriga, le perdiese.

Púsose de acuerdo el infante con doña María de Haro, y esta con la ambiciosa doña Juana Nuñez de Lara.

Esta alentó la esperanza de ser reina; cierto es que habia que quitar de en medio á la reina doña María, y que era de todo punto necesario que el rey y doña Juana enviudasen.

¿Pero qué importaba esto? A todo se llega con perseverancia, paciencia, astucia y buenos amigos.

VIII.

El infante don Juan llamó á su *factotum* Ben-Tayde, y le dijo:

—Es necesario que me busques fuera de muros, en uno de los arrabales de la villa, una pequeña casa en que puedan ocultarse cosas que es necesario que nadie entienda.

Al otro dia, Ben-Tayde dijo al infante don Juan:

—He encontrado en el arrabal de los Molinos, en la calle de Mari-Ponce, una pequeña casa, lo mas á propósito del mundo para lo que vuesa merced quiere; pero está desmantelada, y los frailes de San Pablo, cuya es, piden por ella dos mil maravedises viejos.

—A don Jonás con eso, dijo el infante; que te dé los dos mil maravedises, compra la casa á nombre tuyo hoy mismo, y esta noche iré á verla.

En efecto, aquella noche, rebozado y de incógnito, fué el infante con Ben-Tayde á ver la nueva adquisicion que habia hecho.

La casa, como hemos dicho, tenia ante sí un pequeño patio, en que se elevaban, altos y frondosos, algunos gigantescos álamos negros.

En el fondo de este patio habia, en el piso bajo, una sola puerta, y en el superior tres ventanas.

Pasando por esta puerta, se llegaba á un recibimiento oscuro, que ocupaba todo el ancho de la casa.

De aquel recibimiento se pasaba á un patio estrecho y largo, que á la derecha tenia una altísima tapia, á la izquierda, en un cenador, una sala baja, cuya puerta, de arco de herradura, mostraba una mutilada ornamentacion árabe; el interior de la sala no dejaba ver otros restos de ornamento que un techo de ensambladura gótico-árabe.

Saliendo de la sala y por el fondo del cenador, se llegaba á una estrechísima escalera, y por ella á una galería en el segundo

piso, en que se llegaba á otra sala que comunicaba con una cámara, buena por lo espaciosa y alta de techo, en la cual estaban las tres ventanas que daban sobre el patio.

Esta casa estaba polvorienta, ennegrecida, rotos los pavimentos, agujereados los techos; pero el infante vió que estaba aislada, que las paredes eran fuertes, que nada en fin de lo que sucediese en el interior podia trascender á lo exterior, y dió órdenes é instrucciones á Ben-Tayde para la restauracion y la ornamentacion de la casa, y á don Jonás la de que aprontase el dinero necesario, lo que hizo decir á don Jonás cuando se hubo quedado solo, que su señor creia que su dinero hacia el milagro de no acabarse nunca.

Sea como quiera, á los ocho dias de la compra de la casa, estuvo esta restaurada, pavimentada, entapizada, alfombrada y amueblada, no de cualquier modo, sino con gran lujo y riqueza.

Los vecinos habian hecho de esto gran conversacion; pero no habian podido sacar en claro quién habia mandado hacer la obra, porque ni para esto habia dado la cara Ben-Tayde.

Poco despues, y de tiempo en tiempo, entre la hora del oscurecer y la de la queda ó cubre fuego, algunos hombres armados interceptaban la calle de Mari-Ponce, mas acá y mas allá de la casa misteriosa, y nadie sabia ni podia saber quién entraba ó salia de ella durante aquel tiempo.

IX.

Y aconteció que en la misma noche en que el infante de Aragon fué á dar música al pié del Alcázar, y por su irreverencia salió Alvaro de Estúñiga y le acometió y se metió revuelto con él y con los suyos en la callejuela de Mari-Ponce, una dama que con sus dueñas y sus escuderos acababa de salir de la sobredicha casa, fué arrollada y metida contra su voluntad y envuelta en la tromba, en el figon de Marilinda.

Se cruzaban las aventuras: dos caballeros con sus escuderos

habian escapado huyendo del tumulto por el otro lado de la calleja que salia al campo.

Ya sabemos que la dama era la Palomilla.

Los dos caballeros que habian escapado con sus escuderos, sin duda por no ser reconocidos, eran el rey y su tío el infante don Juan.

El chubasco les habia cogido fuera ya de la casa, cuya puerta habia cerrado Ben-Tayde y no habia podido recogerse á ella.

Como doña Juana no habia podido volver á Valladolid, por haberla alcanzado fuera el toque de cubre fuego, tampoco pudieron entrar el rey y el infante, que se quedaron en el campo sin saber qué hacerse, si volver á la casa consabida ó hacerse abrir las puertas de la villa.

CAPITULO X.

DE CÓMO EL INFANTE DON JUAN HUYÓ DE UN MUERTO Á QUIEN SIGUIÓ EL REY.

I.

—¿Qué es esto, don Juan? dijo el rey, que estaba fuertemente contrariado, alejándose con su tío á buen paso por entre las huertas que rodeaban el arrabal. ¿Qué hacen mis merinos, mis alcaldes, que así consienten estos escándalos?

Habia allí medio mundo de gente perdida.

—Señor, contestó el infante: esta es la mala espuma de las córtes. Valladolid es una villa muy populosa, y á mas de esto, tiene Universidad y mas de veinte conventos, que atraen gran número de hampones, toda gente alegre y de mal vivir.

—Pues necesario será limpiar á este arrabal de esa inmundicia, si es que hemos de volver á él. ¿Sabeis, mi buen tío, que hemos estado á punto de que esos pícaros nos cojan en medio y nos arrastren consigo? ¿Qué habrá sido de doña Juana?

—Qué se yo, don Fernando, qué se yo, dijo el infante, que